

La magia del Teatro Rodante Universitario visto fuera del escenario como colección en las bibliotecas¹

Dr. Dean Zayas Pereira²

31 de marzo de 2018

RESUMEN

Expone las vivencias del Dr. Dean Zayas Pereira y cómo la relación con los libros transformó su vida. Como ávido lector resalta la importancia de las bibliotecas para beneficio del enriquecimiento cultural del hombre. Destaca la importancia del Seminario Multidisciplinario de Información y Documentación José Emilio González como centro que recopila la labor documental del Departamento de Drama y sus dependencias.

PALABRAS CLAVES

Federico García Lorca, bibliotecas, Archivo Documental Victoria Espinosa, Seminario Multidisciplinario de Información y Documentación José Emilio González, Victoria Espinosa, libros, Teatro Rodante Universitario, Departamento de Drama, Universidad de Puerto Rico

¹ Discurso preparado por el autor en la Actividad 2018 de la Comunidad de Práctica Desarrollo Colaborativo de Colecciones de la Universidad de Puerto Rico (CPDCC-UPR) en la cual se presentó el libro electrónico Colecciones especiales de bibliotecas de la Universidad de Puerto Rico, celebrada el viernes, 1 de junio de 2018, en el Anfiteatro Jesús Amaral de la Escuela de Arquitectura de la UPR-RP.

² El autor es catedrático del Departamento de Drama de la Facultad de Humanidades del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico donde imparte los cursos de Actuación, Dirección escénica, Dicción e Historia del teatro.

Mis producciones para el Departamento de Drama se convertirán en una colección especial

Hace ya unos ochenta años, con motivo de la inauguración de la primera biblioteca de su pueblo, el insigne poeta y dramaturgo español Federico García Lorca pronunciaba un discurso que yo he leído no sé ya cuántas veces por verdad que sus palabras encierran.

Yo si tuviera hambre y desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Yo tengo más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y, ¿dónde están esos libros?³

Mi amor por los libros comenzó a muy temprana edad en una humilde casa de un campo de un barrio de Caguas en donde nunca me faltó el pan pero tampoco un libro. Mi padre, un hombre de muy poca escolaridad pero de mucha inteligencia, compraba libros. Leía libros. Me imagino que era su modo de compensar por la educación de la que se había privado. Y yo me beneficié de sus libros.

Aprendí a leer antes de saber leer. Y la lectura se convirtió en mi pasatiempo favorito. Despreciaba cualquier juego por un libro. Y así entré en contacto con los grandes libros de la

³ Federico García Lorca, “‘Medio pan y un libro’ así habló Federico García Lorca al inaugurar una biblioteca en Granada en septiembre de 1931”. El Tiempo. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-11242023>.

literatura universal. Leí de Cervantes *El Quijote* y las *Novelas ejemplares*, *La Ilíada*, *La Eneida*, novelas de Alejandro Dumas, de Charles Dickens, de Herman Hesse, los cuentos de los Hermanos Grimm, los de Oscar Wilde, miles de cuentos de hadas... Yo leía. Los libros eran mis amigos, mis confidentes y por años sentí que entablaba conversaciones con los autores y sus personajes.

A los ocho años fui a estudiar junto a mi sobrino a la Segunda Unidad del Barrio Río Cañas. Una escuela rural con excelentes maestros y niños que sus padres querían que aprendieran lo que ellos no habían tenido la oportunidad de aprender. Por lo menos a escribir y a leer. ¡Leer! ¿Pero cómo? ¿Dónde?

Entonces pensé que necesitábamos una biblioteca. Una de mis maestras, Ana María O'Neill, me alentó a iniciar el proyecto. Conseguí el visto bueno del principal, se cerró un pasillo que conducía hacia el parque de pelota, los estudiantes junto al maestro de artes industriales construyeron las tabillas y empezamos a recolectar libros para llenarlas. Los libros fueron apareciendo y entre ellos la primera enciclopedia que conocí: *El tesoro de la juventud*. Y en dos de las paredes se hizo espacio para colocar dos copias de unas pinturas de Millet, muy de moda en los salones de clase de aquella época: *El ángelus* y *Las segadoras*, una frente a la otra. No sé cuánto tiempo duró "mi" biblioteca. Cuando volví a la que fue mi escuela casi setenta años después no la encontré. No estaba.

En los años que pasé en New Jersey, la biblioteca pública se convirtió en mi sitio favorito. Era mi otra casa. Cruzaba el parque y ya estaba allí. Recuerdo como si fuese ahora cómo me deslumbró el viejo edificio con faroles en su entrada. Una escalera inmensa que nos llevaba al segundo piso. En el ala de la izquierda se albergaba la colección de discos y entre ellos una grabación del "Cyrano" de José Ferrer y el "Hamlet" de Olivier. De este último memoricé los

monólogos para la clase de inglés y cuando el Dr. Jordán me preguntó, luego de elogiarme, que dónde yo había aprendido a hablar inglés así, no vacilé en contestar: “en Puerto Rico”.

Durante los candentes veranos o los inviernos fríos que convertían los *gazebos* del parque en palacios de nieve sacados de algún cuento o leyenda rusa, la biblioteca pública era mi palacio de invierno en donde yo me refugiaba a buscar el calor de los libros. Hasta el día de hoy (1 de junio de 2018), algo que tienen los libros que jamás encontrarás en un ordenador, es el olor. Un olor que yo puedo sentir hasta en sueños. Los libros nuevos o viejos conservan un olor que los identifica. Y al identificarlos me llenan de recuerdos.

El minucioso trabajo que ha logrado el Seminario Multidisciplinario de Información y Documentación José Emilio González es digno de encomio. Como la persona de más antigüedad en el Departamento de Drama, no el más antiguo, solo dos siglos mal tazados, agradezco el trabajo que ha llevado a la creación de la colección más completa que existe de la producción que por setenta años recoge la labor del Departamento de Drama y sus dependencias Teatro Universitario y su Teatro Rodante, que sin lugar a dudas, junto al Coro de la Universidad de Puerto Rico, son los embajadores más notables de la Universidad en y fuera del país.

No se pudo escoger mejor nombre que la irrepetible directora puertorriqueña Victoria Espinosa para la Sala de Archivo Documental que reúne los documentos, escritos, fotográficos, videos y grabaciones, además de correspondencia oficial y personal al Departamento y sus miembros más destacados.

El nombre de la profesora Espinosa y del también profesor de nuestra facultad, José Emilio González, son nombres inolvidables para mí. Ambos fueron mis profesores y mis amigos. De ellos aprendí mucho. De Victoria heredé su amor y respeto a la profesión teatral. De José Emilio, el

amor a los libros y la investigación. Ambos me guiaron a saciar mi sed de saber; a desarrollar un sentido de compromiso con la academia que existe hasta el día de hoy.

Nadie recuerda esto. Pero un año, hace ya mucho tiempo, yo fui galardonado junto a José Emilio por los trabajadores de la Biblioteca José M. Lázaro en una ceremonia en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico como dos profesores que hacían uso de la biblioteca y alentaban a sus estudiantes a hacer lo mismo. Nos llamaron “ratón de biblioteca”.

Por la lección de José Emilio he tenido que leer obras de teatro que me da algún escritor a leer lo que en algunas ocasiones ha significado un verdadero sacrificio. Casi un martirio. Pero eso él me dijo que era un deber como educador aún fuera del salón de clases.

El Archivo Documental Victoria Espinosa en el Seminario Multidisciplinario de la Facultad de Humanidades recoge la historia del Departamento de Drama desde su creación en 1941 y la del Teatro Rodante Universitario en 1946 hasta el presente. El Seminario y su director José Robledo contaron con la propia Victoria Espinosa, alumna de Leopoldo Santiago Lavandero, para ayudar a organizar los documentos que forman parte del archivo documental que recoge la historia del Departamento de Drama. En el archivo encontramos los momentos más significativos y relevantes de la historia y ejecutoria del Teatro Rodante Universitario el que yo he dirigido desde 1967.

El Teatro Rodante Universitario fue algo que me cautivó desde mis años de estudiante de esta universidad cuando bajo la dirección de Nilda González participé en *La zapatera prodigiosa* de Federico García Lorca en el papel de unos de “Los mozos”. En esa producción participaba también el entonces estudiante Luis Rafael Sánchez en el papel del “Zapatero”. Como era la costumbre, la producción se mantuvo en repertorio por un par de años visitando pueblos, barrios

y escuelas. Eran otros tiempos en los que ofrecer teatro al pueblo nos llenaba de una satisfacción única. Salíamos de la universidad los jueves en la tarde y no regresábamos hasta el domingo después del mediodía.

La primera vez que el Teatro Rodante Universitario salió fuera de Puerto Rico fue en 1962 con un repertorio de cuatro obras que montamos en Santo Domingo, capital de la hermana República Dominicana. Fue todo un acontecimiento que jamás olvidaré. Catorce años después volvió el Rodante a salir y esta vez a competir por primera vez en el *Primer Festival del Teatro del Siglo de Oro* en El Paso, Texas. Copamos todos los primeros premios y repetimos la hazaña en años subsiguientes. Luego vino España y a Escocia con la producción *Platero y yo*. Un año después la producción triunfaba en el *American College Theatre Festival* en el Kennedy Center en Washington, D.C. Todas estas gestas están documentadas en el Archivo Documental Victoria Espinosa en el Seminario Multidisciplinario de Información y Documentación José Emilio González.

El Teatro Universitario, cuyas producciones desde su comienzo fueron escenificadas en el Teatro de la Universidad de Puerto Rico, también sede del Departamento, cuenta en su historial con notables escenificaciones. Se destacan entre las cientos documentadas en el Archivo, dos estrenos mundiales de las obras de Federico García Lorca dirigidas por Victoria Espinosa: *Así que pasen cinco años* y *El público*.

El trabajo de recopilar toda la historia del Departamento de Drama, su Teatro Universitario, el Teatro Rodante Universitario y una siempre recordada Comedieta Universitaria en el Archivo Documental Victoria Espinosa bajo la dirección de José Robledo es una iniciativa para respetar.

Sólo un bibliotecario con la dedicación y la entrega al trabajo como el Sr. Robledo podía haber logrado esto. Para él mi respeto y mi admiración.

Federico García Lorca termina su discurso al inaugurar la biblioteca de su pueblo hace ochenta años titulado *Medio pan y un libro* hablándonos de cómo el escritor ruso Fyodor Dostoyevsky, preso en Siberia, pedía a su familia: “Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera”.⁴

Salvando distancias, a mí también los libros no han permitido que mi alma muera. La han mantenido viva desde una infancia llena de privaciones y han mantenido mi fe en la humanidad, en el mañana; en un Puerto Rico que despierte a la luz de los verdaderos valores a través de su historia. Su historia recogida en los libros de las bibliotecas, en los archivos de éstas y seminarios que cuidan celosamente el secreto de los que somos y la contestación a lo que debemos ser.

Bibliografía

García Lorca, Federico. “‘Medio pan y un libro’ así habló Federico García Lorca al inaugurar una biblioteca en Granada en septiembre de 1931”. *El Tiempo*.

<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-11242023>.



⁴ *Ibíd.*